



VI.- INSTRUCCION

La última vez, os he explicado cómo se puede amar en Dios a las personas que amamos naturalmente, hoy quiero mostraros que las repugnancias naturales no excluyen la caridad. Primeramente, ¿cuáles son las razones que tenemos para no amar a ciertas personas?

Hay tres principales. La primera es que hieren nuestro amor propio; la segunda es que nos desagradan, sea por su exterior o por otra causa; la tercera porque tienen algún defecto, o todavía más, porque nos han perjudicado a nosotras mismas o a nuestros padres.

¿Tenemos vergüenza de creernos capaces de tales sentimientos? La mayoría de las veces no nos los confesamos a nosotras mismas, pero no es menos verdad que somos como las niñas en clase: no les gusta una tal Señorita porque hace observaciones picantes, sabéis sobre esto lo mismo que yo. Y sin embargo ¿acaso no es muy bueno ser humilladas, despreciadas, consideradas como nada? Deberíamos repetir con frecuencia esta palabra del profeta: “Es Bueno Señor, estar humillado”¹

En cuanto al segundo motivo que nos lleva a no amar a esta o aquella persona, ya os dije que es necesario recordar que no somos como los animales, sino seres dotados de razón, gracias a Dios, y por consiguiente, no nos podemos asimilar a los irracionales.

La tercera razón es un poco parecida a la primera. Sería necesario cambiarla por un gran sentimiento de conmiseración por los pobres que tienen la desgracia de disgustarnos por sus faltas. Deben sentirse tan desgraciados al verse tan desagradables, tan bruscos, siempre son una ocasión de mortificación para los demás. ¿No seamos como los fariseos que no saludaban más que a sus amigos? Sabéis que si tenemos piedad de los demás, que si los soportamos con paciencia y amor, Dios también nos soportara. ¿Quién de nosotras no siente de esto una necesidad extrema?

Reflexionemos juntas un instante, mis queridas hijas, sobre lo que nos toca particularmente en el amor que Jesucristo nos tiene y encontraremos una gran consolación y un vivo estímulo para ejercitarnos en la práctica de la caridad. ¿Es acaso su tierno amor por san Juan cuya pureza e inocencia lo habían hecho tan amable a su Maestro? Responded conmigo. No, no es esto. ¿Es acaso el amor respetuoso y filial que tenía a su Madre, la más pura de todas las criaturas? No, Señor, no es esto. Si no más bien el amor que testimoniareis vosotras a Simón el leproso, a la Magdalena arrepentida. Qué motivo de confianza para nosotras, porque también hemos dejado ensuciar nuestra alma con la lepra del pecado. Nosotras también hemos implorar la misericordia del Señor. Y quién de nosotras no ha estado confundida a los pies de Jesús escuchándole pronunciar estas palabras: “Muchos pecados le han sido perdonados, porque ha amado mucho”²

Debemos, al ejemplo del Salvador, practicar la paciencia y la caridad. Digo la paciencia, porque ciertamente la necesitaremos para soportar al prójimo. Y decidme, hermanas, qué sería la virtud si no tuviéramos ocasiones de practicarla. Creedme, no se adquiere la humildad más que con frecuentes humillaciones. Pasa lo mismo con la paciencia que no se puede adquirir más que con las contrariedades. Parece ser que Santa Gertrudis tenía una superiora que era un poco viva de carácter. Un día que ella pedía a Dios que la hiciera más dulce, escuchó esta respuesta:

“Mi sierva me agrada, por que se humilla después de haber hecho esas faltas de impaciencia, y la humillación que le llega por ese motivo es muy saludable, y le impide enorgullecerse por sus otras cualidades. Además, hace practicar la virtud a las hermanas y se convierte en fuente de méritos”.

No quiera Dios que creáis con esto que debéis ser fuente de méritos para las hermanas conservando tal o tal defecto. Comprenderéis lo que quiero decir, debemos elevarnos a Dios por la voluntad de todo lo que nos acontece en este mundo y bendecirlo en todas las cosas, cualquiera que sea la criatura de la que se sirva como instrumento de su voluntad. No hay que ser como las niñas que no pueden ver al médico, porque una vez les mandó una medicina muy desagradable. ¡No es porque el señor Gouraud no las quiera por lo que os da aceite de hígado de bacalao!

Debemos sufrir todo en este mundo y si los contratiempos y las contrariedades no nos llegan por esa persona, nos llegarán por otra. Hay que tomarlo como una pequeña medicina. Si el primer movimiento es un poco natural, lo cual nos pasará siempre, a menos que tengamos un grado extremadamente elevado de perfección, es necesario que el segundo sea una aceptación generosa de la pequeña cruz que Dios nos envía. ¿Es qué Nuestro Señor no ha hecho como esa tierna madre, que probaba la bebida que daba después a su hijo? El ha bebido el cáliz hasta las heces en su excesivo amor. ¿No debiéramos estimarnos más felices cuando nos permite acercarse a los labios la copa de la amargura que él bebió plenamente? Y la única cosa que hay que hacer es tomar una firme resolución: determinarse de una vez para siempre a sufrir todo lo que se presentará en nuestro camino.

“¡Qué quieres, cuerpo mío, es necesario pasar por ahí! ¡Después de un poco de trabajo vendrá el descanso eterno!” Así lo hacía santa Catalina de Génova. Cuando curaba a los enfermos y sentía una repugnancia particular en vendar las úlceras, aplicaba normalmente sus labios a la llaga. Si actuáramos así, estaríamos menos perturbadas y haríamos en cinco años más progresos en la virtud de lo que haría en quince o veinte, o incluso toda una vida, un alma débil y floja. Si llega a ocurrir que os mandan a una casa cuya superiora no os gusta, tanto mejor. Si no sabemos soportar las pequeñas cruces, fracasaremos infaliblemente ante las mayores.

Un santo sacerdote me ha dicho que había conocido personas que, por haber despreciado las pequeñas pruebas, habían sufrido a continuación otras terribles y no se habían conducido con la fuerza y la resignación que habrían podido adquirir. Él mismo hizo la experiencia de esta severa verdad y habiéndosela predicho una vez a una religiosa, tuvo el dolor de ver su predicción realizarse. Ella no podía someterse a ninguna mortificación por leve que fuera, y creo que, expulsada de la casa donde estaba, enviada a otra y destituida de su cargo.

Resumamos con estas palabras que es mejor amar a los que nos hacen el gran servicio de advertirnos de nuestras faltas o de hacernos practicar la virtud. Y según san Francisco de Sales, comprendamos que debemos unir todas las repugnancias e inclinaciones con la cadena de oro del santo amor de Dios.

¹ Ps. 118,71

² Lc. 7,47